

P. VERGILI MARONIS *Aeneis*, PUBLIO VIRGILIO MARÓN, *Eneida*, introducción, versión rítmica y notas de Rubén Bonifaz Nuño, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana), 2006 (2a. edición), DLXI + 299 + 299 págs.

Es de celebrarse la reaparición del texto cumbre de la cultura romana obra que, junto con la *Ilíada* helena, es pilar de la épica occidental. La *Eneida*, a diferencia de la epopeya griega, es un canto a una nación, un elogio al origen del pueblo que estaba llamado a ser el imperio más grande del mundo, no únicamente por sus conquistas militares, sino también porque nutrió a otras naciones con su cultura y él mismo se dejó conquistar por las bellezas que éstas le ofrecían.

Virgilio fue miembro de un momento afortunado. A pesar de que padeció —como todo hombre de su generación— los rigores de la peor de las guerras, la civil, participó del esplendoroso renacimiento de su Roma la que, bajo el mando de Augusto, parecía dirigirse a la inmortalidad. Ese periodo fue conocido como *Pax Augusta*, un tiempo de tranquilidad social encabezado por el auto-nombrado “primer ciudadano”, pues astutamente el joven César nunca se dio el título de emperador aun cuando lo era *de facto*. Augusto promulgó la cultura como un medio de exaltación de aquella ciudad victoriosa frente a las fuerzas enemigas del extranjerismo egipcio de Cleopatra, inspirando con ello un nacionalismo que unió partidos contrarios y los

PALABRAS CLAVE: *Eneida*, épica, latín, literatura latina, Virgilio.

RECEPCIÓN: 26 de febrero de 2007.

ACEPTACIÓN: 20 de marzo de 2007.

convirtió en los *enéadas*, los descendientes del héroe que Virgilio no deja de llamar “Padre” en todo su poema.

Los mitos delimitan individuos y éstas naciones. Ningún romano olvidaba a Rómulo y la fundación de la *Roma cuadrata*, pero viejas leyendas mencionaban a Eneas, príncipe de Troya, como el viajero que en tierras itálicas había echado los cimientos de una *rediviva Troia*. Estesícoro, Helénico, Aristóteles y Timeo de Tauromenio ya se referían a Eneas y su asentamiento en las costas latinas, pero Virgilio fue el poeta designado para legarnos la historia maravillosa de su trayecto desde la capital de Oriente a la de Occidente; él no inventó el mito, por ello no debe atribuírsele un malsano deseo de engrandecer a los romanos con un origen helénico en detrimento de su relato. La *Eneida* no es el resultado de un falseado orgullo latino que buscara un comienzo más noble que el de una banda de expatriados, aunque no podemos omitir que el propio Augusto era el último vástago de Julio, el hijo de Eneas, quien reclamaba al fin su legítimo trono.

A dicha tradición y causa política debemos uno de los poemas más bellos de la cultura romana y universal, inspiración de cientos de obras y texto indispensable para aquel que desee conocer el verdadero sentir de los latinos. Eneas no es un héroe épico, por lo menos no el usual, a pesar de las batallas o de su ascendencia divina; es el héroe pío que refleja el ideal del romano de tiempos republicanos: respetuoso de los dioses y de los antepasados y, a la vez, el prototipo de los hombres con los que planeaba Augusto forjar la mayor de las culturas. Cuando Eneas tuvo que escapar de las llamas que consumían su ciudad natal, se llevó en sus brazos los más preciados dones que tenía: su padre, su hijo y sus dioses tutelares; Eneas es el patriota que rescata la esencia de Troya, humillada injustamente por los griegos, y la transforma en Roma, destinada a ser la Ciudad por antonomasia.

Virgilio, en doce cantos, nos describió el viaje iniciático de Eneas que, de ser “el hijo de Venus”, lo transformó en el “padre de Roma”, y su ritual de paso es tan abrumante que requirió del más ingente de los poetas de la llamada Edad de oro latina.

Sumergirse en la *Eneida* es acompañar a Eneas en ese trayecto de auto-descubrimiento y de toma de conciencia, pues el joven troiano sigue los mandatos divinos sin cuestionarlos, inmerso en

el determinismo tan característico del gusto latino. Pero la *Eneida* es también el viaje aventurero por tierras inhóspitas plagadas de peligros que incluso llevan al héroe al borde de la muerte, para que en ella atisbe la eternidad de la obra que está a punto de cimentar. Como toda épica, la *Eneida* posee también sus batallas, su antihéroe y las acostumbradas intervenciones de las divinidades que se muestran adversas unas y solidarias otras.

Juno, diosa soberana, aún no olvida la antigua afrenta que en la persona de Paris le hizo Troya entera, al no coronarla como la más hermosa deidad, y con esa sentencia el príncipe selló el destino de su patria toda. Sólo un vástago de la casa real ha escapado: el hijo de Venus, Eneas, quien, con unos pocos troyanos, se lanzó al mar confiado en la providencia divina; y Júpiter, el máximo de los óptimos dioses, le tiene reservado un futuro promisorio que la inicua Juno está dispuesta a retrasar lo más posible.

La *Eneida* comienza cuando la diosa azota las embarcaciones con una tormenta que conducirá al héroe a Cartago, el reino púnico de Dido y la ciudad que se convertirá en la gran rival de Roma. Juno pretende retener con amor al príncipe troyano y Dido será el instrumento de su cólera. Recibido en el palacio por la reina, Eneas narra sus aventuras hasta ese momento: tormentas, reinos extraños, rapaces arpías, monstruos marinos, y la muerte de su amado padre. El funesto plan de Juno parece funcionar, pues la pasión nace y crece entre los dos reales amantes; pero Hados mayores reclaman a Eneas y él decide abandonar a Dido, la cual tomará una determinación terrible.

La fuerza del destino guía al viajero al más peligroso de sus trayectos, pues debe bajar al inframundo y conocer ahí la razón de su arduo caminar. Virgilio hará de Eneas el primer tanatonauta mencionado en la literatura occidental.

Llegará por fin a tierras itálicas y el rey Latino le concederá la mano de Lavinia, su hija; mas Juno trama una nueva guerra troyana y mueve toda su furia para que Turno y sus rútilos la declaren, él, antiguo pretendiente de la princesa, será un nuevo Aquiles y Lavinia, sin sospecharlo, una nueva Helena. Para Eneas las armas no tienen descanso y la suerte de Roma parece estar de nuevo en la balanza. No querría la Parca que les contara más, sólo Virgilio puede hacerlo.

La versión de este poema magistral que nos ocupa, difiere de muchas otras, no sólo de Virgilio en lengua castellana, sino de otras

piezas traducidas y trabajadas por el poeta y humanista Rubén Bonifaz Nuño. En primer lugar porque ofrece el poema del vate en versión rítmica y no en prosa o con versificación castellana. La prosa nos permite apreciar el contenido, pero no la forma; la versificación española debe, en razón de los usos estilísticos, torcer las palabras y el poeta se confunde con el traductor. La versión rítmica —y sobre todo la de Bonifaz— intenta sortear la versificación latina con lo más aproximado en castellano y, al mismo tiempo, respetar el contenido e incluso la lengua original.

La lectura de la *Eneida* en esta versión no es fácil, pero paulatinamente se agradece poder acercarse al latín desde el español. Ésta es una apreciación que yo no supe aquilatar hasta que estudiosos de la literatura, ajenos al mundo clásico, me lo hicieron ver; regresé a la versión de la Bibliotheca Scriptorum y, al hacerlo, comprendí cuánto de Virgilio es factible reconocer en la traducción de Bonifaz Nuño.

De igual modo, considero que Bonifaz consiguió uno de sus mejores trabajos en esta traducción que la Universidad Nacional Autónoma de México tuvo a bien reeditar, sirva de ejemplo los versos donde Eneas narra a Dido la toma de Troya. Venus ha retirado la niebla que cubre las acciones divinas a los ojos mortales y el héroe comprende que los dioses están en su contra:

Aquí, donde moles deshechas y arrancadas piedras
de las piedras ves, y mezclado con polvo el humo ondeante,
Neptuno, agitados del magno tridente los muros
y los cimientos bate, y toda, de sus asientos, la urbe
derroca; aquí, Juno cruelísima las puertas Esceas
tiene, primera, y la aliada tropa de las naves, furente,
llama, ceñida en hierro.
Ya en las sumas torres la Tritonia —mírala— Palas
se sienta, fulgente del nimbo, y, por la Gorgona, terrible.
El mismo Padre, a los dánaos, ánimos y fuerzas propicias
provee; él mismo incita a los hombres contra las armas dardanias.¹

¹ Verg., *Aen.*, II, vv. 608-618: *Hic, ubi disjectas moles, avulsaque saxis / Saxa vides, mixtoque undantem pulvere fumum, / Neptunus muros magnoque emota tridenti / Fundamenta quatit, totamque a sedibus urbem / Eruit. Hic Juno Scaeas saevissima portas / Prima tenet, sociumque furens a navibus agmen / Ferro accincta vocat. / Jam summas arces Tritonia, respice, Pallas / Insedet, nimbo effulgens et Gorgone saeva. / Ipse Pater Danaeis animos viresque secundas / Sufficit, ipse deos in Dardana suscitatur arma.*

Para el interesado en la literatura latina, esta edición ofrece, además, la ventaja de contar con el texto confrontado en latín, lo que permite al conocedor de esta lengua un viaje de ida y vuelta en el poema virgiliano y en la versión bonifaciana: un doble disfrute. Completa la traducción un cuerpo de notas tanto al texto latino cuyas vicisitudes ayuda a sortear, como al texto español donde el propio Bonifaz aclara puntillosamente los pasajes difíciles del poeta de Mantua y debate las teorías que sobre ellos ha postulado la crítica moderna.

Si Bonifaz Nuño hubiera concluido así su trabajo sobre la *Eneida* ya sería una obra recomendable, pero añadió un estudio introductorio que resulta a todas luces un mérito *per se*. En dicha parte, realiza una interpretación harto interesante de los personajes y de los temas que descubre en el poema. Con originalidad y escudriñando ante todo el texto latino, Bonifaz diserta y cuestiona, plantea y sostiene con razones, llevando al lector a develar el trasfondo humanista de la *Eneida*.

Particularmente sugestiva es la relación entre el tiempo y el protagonista Eneas. Cabe señalar que en el poema, la eternidad es un hoy, ya que el héroe realiza hazañas y padece derrotas cuyo objetivo es fundar una ciudad que estará llamada a la gloria que él no conocerá, pero que se descubre como un mañana impensable sin su hoy: el tiempo no es lineal sino circular. Esta conciencia es el motor de Eneas que, dice Bonifaz, tiene como mayor tentación “no salir de su propio pasado”. Lección maravillosa para nuestro siglo que se empeña sólo en ver el futuro y no entiende que ése no existirá sin el hoy que forjamos día con día.

Sobre esa misma línea, la introducción de la *Eneida* nos hablará de la muerte, el hado, los dioses y los héroes, y nos auxiliará a leer la obra desde una perspectiva más allá de la simple narración mítico-literaria.

Para cerrar su propio análisis, Bonifaz ofrece la descripción de los cantos, donde señala los principales acontecimientos en un resumen que anota los versos del poema; dicha descripción se convierte en una herramienta más para el manejo del magno poema latino.

Concluyo haciendo patente una vez más cuán importante es la publicación y la reedición de los clásicos grecorromanos; no son autores cuyos textos deban quedar enterrados en añejas bibliotecas,

sino códigos de vida que todavía son vigentes y de los que podemos aprender a ser mejores hombres y mujeres, a ser verdaderos humanistas.

Gabriel SÁNCHEZ BARRAGÁN